Los

Solitarios.

LOS SOLITARIOS,

comedia-zarzuela en un acto

POR

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Música del maestro don Basilio Basilj.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1843.

PERSONAS.	ACTORES.
MARIANA.	*Doña Teodora Lamadrid.*
LUCÍA.	*Doña Matilde Diez.*
DON ANTONIO.	*Don Julian Romea.*

CORO DE LABRADORES DE AMBOS SEXOS.

La escena es en un cortijo á las inmediaciones de Sevilla. Sala sencillamente amueblada, en piso bajo, con vista de jardin por el foro, suponiéndose por el mismo lado, á la derecha del actor, la salida al campo, y á la izquierda la escalera. En los bastidores de la derecha habrá una reja y en los de enfrente una puerta.



ESCENA PRIMERA.

LUCÍA. EL CORO.

Lucia. (*Saliendo del cuarto de la izquierda.*) Ya se ha vestido y está almorzando. Podeis cantar cuanto gusteis, aunque no respondo de que reciba con agrado vuestra felicitacion, porque hoy tiene un esplin de todos los diablos.

Coro. ¡Viva la rosa galana
que honra del Betis la orilla!
¡Viva la hermosa Mariana!
¡Viva la flor — de mas valor,
viva la flor de Sevilla,
viva la flor!
¡Viva la sal — tan celestial,
viva la sal de Triana,
viva la sal!

(*Como á la mitad del coro sale del cuarto de la izquierda Mariana mostrando sorpresa y disgusto. Luisa la habla aparte indicando con sus ademanes que esplica el motivo del obsequio y ruega á Mariana que le admita con benevolencia. Concluida la cancion, cada labradora lè presenta un ramo de flores.*)

ESCENA II.

MARIANA. LUCÍA. EL CORO.

Mariana. Gracias, queridas mias. — Gracias tambien á vosotros. Mas que de músicas y flores gusto yo del silencio y de la soledad; pero la buena intencion os disculpa, y si no con regocijo, recibo con la mas cordial gratitud esa demostracion del cariño que os merezco. Pues hoy es dia festivo, holgad y devertíos en buen hora, pero sea don-

de mi acerba melancolía no turbe vuestros sencillos placeres. (*Los labradores la saludan respetuosamente y se retiran.*) ¡A Dios! (*Abriendo una cómoda y sacando dinero*) Toma, Lucía. Dales eso para que beban á mi salud.

ESCENA III.

MARIANA *dejando las flores sobre una mesa.*

Dichosos ellos que tienen tan feliz organizacion! Una guitarra, unas castañuelas y la sombra de un olmo les basta para solazarse olvidando penas y fatigas; cansada yo de teatros y saraos y banquetes, vengo á buscar en este despoblado la alegría, la salud; y las busco en vano. ¡Dios mio! ser jóven, ser rica, ser viuda, ser bella...; bella, sí, que á mí misma bien me lo puedo decir, ¡y consumirme de tristeza, y morirme de fastidio...!!!

ESCENA IV.

MARIANA. LUCÍA.

Lucia. Ya se han ido con la música á otra parte.

Mariana. ¡Pobres gentes! Habrán sentido el desaire...

Lucia. Les ha consolado la propina. Vendrán á despedirse de usted, si se lo permite, antes de volver á sus hogares.

Mariana. Bien, pero ¡sin cantar...! ¿Y quién les ha dicho que es hoy mi cumpleaños? Tú, sin duda.

Lucia. No, señora; pero siendo arrendadores de usted, ¿cómo era posible que lo ignorasen? Yo no tuve corazon para despedirlos, y como es tanto mi deseo de curarla á usted del esplin...

Mariana. Mi esplin es incurable.

Lucia. Aqui..., lo creo. ¡Estaba usted triste en Sevilla con tantos medios para ser feliz y con tantos amantes al retortero...

Mariana. Interesados los unos, presumidos y superficiales los otros, y todos fatuos á cual mas. — No me hables de ellos.

Lucia. Pero Sevilla es grande. Otros se hubieran presentado... Usted tiene aun pocos años, y las segundas

nupcias no son..., vamos, tan urgentes como las primeras.

Mariana. Yo no quiero volver á casarme. ¡Una y no mas!

Lucia. Ni yo digo que usted se case á tontas y á locas con el primero que venga; pero tal pretendiente se podria presentar... Usted se habrá formado, como todas, un tipo ideal...

Mariana. Y supongamos que sea cierto, ¿qué habremos adelantado si ese tipo no gusta de mi tipo? En tales materias la iniciativa está vedada á las mugeres que estiman en algo su decoro.

Lucia. Pero se buscan con maña las ocasiones, los encuentros... Mira una y se hace mirar... En fin, hay tretas inofensivas y coqueterías inocentes.

Mariana. Yo no soy, ni quiero ser coqueta.

Lucia. Es claro. Si lo fuera usted, no se vendria á estos andurriales huyendo de la sociedad. — Pero harto será que en ellos encuentre usted el tipo de que hablábamos. ¡Gañanes rústicos y soeces...

Mariana. ¡Qué pesadez! No hay tal tipo. Yo tengo antipatía á todos los tipos.

Lucia. ¡Fatal misantropía! — Pero... gañanes dije... No son de esa calaña todos nuestros vecinos. (Probemos...) Tres dias hace que habita en el cortijo de enfrente un jóven desconocido...

Mariana. Sí; ayer nos encontramos, volviendo él de caza y yo de paseo. Apenas me saludó...

Lucia. ¡Qué grosería!

Mariana. Yo la aplaudo, que eso me ahorra cumplimientos enfadosos y tal vez visitas impertinentes.

Lucia. Será algun convaleciente que viene á tomar aires...

Mariana. Sea quien fuere, no me cuido de averiguarlo.

Lucia. Ó quizá alguno de esos filósofos que aborrecen el mundo...

Mariana. Séalo enhorabuena.

Lucia. En ese caso, si llegan ustedes á tratarse, harán buenas migas...

Mariana. Al contrario; si ambos adolecemos de hipocondría, no podriamos sufrirnos el uno al otro. Mas vale que no nos tratemos.

Lucia. Sí; mas vale. Asi como asi, es feucho y desgarbado...

Mariana. No tal; su figura no es desagradable.

Lucia. (¡Hola...!) Pues me habia parecido... Verdad es que no le he mirado con atencion.

Mariana. ¡Oh! yo tampoco.

Lucia. (Mudemos de conversacion; no sospeche...) ¿Y en qué piensa usted pasar la mañana?

Mariana. No lo sé. Todo me cansa; el paseo, la lectura, las labores...

Lucia. Cante usted alguna cosa...

Mariana. ¿No te han dado bastante música los arrendadores?

Lucia. ¡Eh! un jaleillo pobre... Usted canta cosas de mas gusto, y con esa garganta y ese estilo...

Mariana. Vaya, no me seas lisonjera.

Lucia. ¡Señorita...

Mariana. Cantaré... por hacer algo. (*Se sienta al piano y pone un papel en el atril.*) Pero ni estoy en voz, ni...

Lucia. ¡Eh! para nosotras solas... (Me corrompe ya con tantos dengues.)

Mariana. (*Canta.*)

¡Necia Laura que presumes
de tener dos ojos bellos,
y tú sola te consumes
con sus fúlgidos destellos,
y no sabes ¡ay dolor!
el hechizo que hay en ellos!
No, no hay vida sin amor.
¡Morir, morir es mejor!
Con el llanto descoloras
ó le afeas si te engríes
ese labio en que atesoras
tantas perlas y rubíes;
mas ¡qué gracia y qué primor
cuando plácida sonríes!
No, no hay vida sin amor.
¡Morir, morir es mejor!
No te mires en la fuente
que con círculos de plata
á merced de la corriente
lo que pinta desbarata:
mas seguro es el pintor
que en su pecho nos retrata.

No, no hay vida sin amor.
¡Morir, morir es mejor!

Lucía. ¡Divinamente!

Mariana. (*Levantándose.*) ¡Malditamente!

Lucía. ¡Lástima es que no tenga mi señora un auditorio digno de ella! ¡Haber aprendido tanta música para que solo goce de sus encantos una criada! ¡Ponerse al piano sin tener al lado un elegante que le vuelva á usted las hojas... y la devore con los ojos! ¡Concluir el aria, ó lo que sea, y no saborear los bravos, los palmoteos, las sinceras felicitaciones de los galanes y los forzados cumplimientos de las damas...! Vamos; es un cargo de conciencia.

Mariana. Yo me hallo bien sin las insípidas lisonjas de los unos y sin la envidia de las otras.

Lucía. Usted dirá lo que quiera, pero yo veo...

Mariana. ¡Oh qué necia porfía...!

Lucía. Si me atrevo á hacer observaciones contra el destierro que usted se impone voluntariamente, es solo porque temo que no la cure á usted de sus pesares.—Ahora, por ejemplo, esperaba que los aliviase usted cantando, y ha sucedido al reves. ¿Qué es lo que le ha afectado á usted tanto? ¿La música, ó la letra?

Mariana. No sé.

Lucía. Si mal no he oido, parecen escritos los versos contra alguna desdeñosa, y aquel estribillo...

No, no hay vida sin amor.
¡Morir, morir es mejor!

es como si dijéramos... una reconvencion... un aviso del cielo...

Mariana. Es una máxima impertinente y absurda. ¿Cómo he traido yo de Sevilla esa necia cancion?

Lucía. Pues, con permiso de usted, no me parece que el autor anduvo muy descaminado, porque el amor...

Mariana. ¿Qué es el amor?

Lucía. Yo no sabria esplicarlo muy bien; pero me parece que es cosa de gusto..., sobre todo cuando es correspondido.

Mariana. ¡Calla, profana! El amor, como yo le comprendo, es para tí un misterio impenetrable y para mí un suplicio horroroso. ¿Qué mortal sería digno del amor

que yo soy capaz de sentir y en vano pretenderia inspirar?

Lucia. ¿Inspirar? ¿Por qué no? Si usted quisiera...

Mariana. Los hombres son orgullosos, inconstantes, ingratos...

Lucia. De todo hay en la viña del Señor; y, ya ve usted, quien no se aventura...

Mariana. ¡Basta! — Dame la sombrilla y la capota.

Lucia. ¿Va usted á dar un paseo por el jardin?

Mariana. (*Poniéndose la capota que le da Lucia.*) No; necesito respirar un aire mas libre... Llegaré hasta la fuente del álamo.

Lucia. ¿Quiere usted que la acompañe?

Mariana. Es inútil... Dame... (*Toma la sombrilla.*) ¡A Dios!

ESCENA V.

LUCÍA.

Hoy está de remate. — Pero ¡señor! ¿hay locura mas tonta y mas inverosímil que la de esa buena señora? Yo tengo para mí que se vino al campo por dar que decir y porque su orgullo no cabia ya en la ciudad. — Juraría que á estas horas ya está mas arrepentida de su viaje que de haber ofendido á Dios; pero, sin duda, por no dar su brazo á torcer... Yo leo en el fondo de su alma, y me parece que ya está en sazon para que surta nuestro plan el efecto deseado. Veremos: si sale fallida mi esperanza, no espere que yo me pudra á su lado; que prefiero mi gachon á cuanto hay en el mundo. — Para algo me ha dado Dios este palmito y cada una tiene su... ¡pues! su temperamento.

(*Canta.*)

Cuando en las flores del Paraiso
Dios soberano ¡qué maravilla!
sacó á la hembra de una costilla
del padre Adan,
fué, sin duda, porque quiso
que fuesen dama y galan.
Gloria á tu nombre — y á tu poder,
Padre del cielo, — que hiciste al hombre
para consuelo — de la muger.

¡Tengo una pena, tengo una múrria
si estoy ausente de mi barbero...!
Él es muy tuno, mas con salero,
y al mismo son
que trastea la bandúrria
trastea mi corazon.
Gloria á tu nombre &c.

Y si él me falta, venga otro tuno,
que yo me muero si estoy vacante,
y me parece que hago bastante,
¡lo sabe Dios!,
pues los pido uno tras uno
como otras de dos en dos.
Gloria á tu nombre &c.

ESCENA VI.

LUCÍA. DON ANTONIO.

D. Antonio. (*Que ha entrado poco antes de acabar Lucia de cantar.*) ¡Bien, salada!

Lucia. ¿Quién... ¡Ah, señor don Antonio!

D. Antonio. ¿Sabes que tienes mucha gracia y mucho brio, Lucigüela...? ¿Sabes que estoy muy espuesto á quererte casi tanto como á tu señora?

Lucia. ¡Ba! no se burle usted de las pobres. — Pero ¿cómo se ha atrevido usted á entrar aqui?

D. Antonio. No tengas cuidado. Estaba en acecho. He visto salir á Mariana...

Lucia. Puede volver y sorprendernos...

D. Antonio. Desde esa reja la podemos ver venir; y de todos modos, hoy la he de hablar: estoy decidido.

Lucia. Mal hará usted, porque hoy está de muy mal temple.

D. Antonio. Si de buenas á primeras tratase yo de declararle mi amor, dirias bien, pero mi designio es muy diferente.

Lucia. Ya; pero ella sospechará...

D. Antonio. No lo creas. ¡Si no me conoce ni de vista!

Lucia. Y ¿cómo sin tratarla se ha enamorado usted de ella tan pronto? — Cuando salimos de Sevilla hacia apenas una semana que habia usted llegado de Málaga...

D. Antonio. Antes de mi viaje me habian ya cautivado sus ojos; pero entonces aun vestia de luto Mariana, y, por otra parte, yo no poseía bastantes bienes para aspirar á su mano sin peligro de una repulsa. Nunca me hubiera atrevido á arrostrarla á no haber tenido mi tio el de Málaga la feliz ocurrencia de morirse nombrándome único heredero de sus pingües haciendas. Parto volando á tomar posesion de la herencia; no bien cumplido el luto de ordenanza, vuelvo á poner á los pies de la hermosa viuda mi corazon y mis olivares; pero, mientras busco una ocasion para entablar relaciones con ella, le acomete un acceso de extravagante melancolía y desaparece de la noche á la mañana. La sigo de incógnito, hallo medio de ganar tu confianza, concibo un proyecto... que merece tu superior aprobacion, me establezco tres dias há cerca del objeto de mi culto, tomo de acuerdo contigo las disposiciones necesarias, y con tu beneplácito y ayuda voy á dar principio á la tramoya.

Lucía. Mi beneplácito es lo de menos, pero sin el de mi señora es una temeridad el pisar estos umbrales. Váyase usted; yo le anunciaré cuando vuelva el ama, y asi no recelará...

D. Antonio. Bien; asi lo haremos; pero déjame respirar un momento este ambiente que ella ha perfumado con el aroma de su aliento. Déjame tener celos de esas paredes, de esos muebles, testigos insensibles de tantas gracias. — El piano abierto... ¡Sus manos divinas han pulsado estas teclas...! Déjame besarlas mientras hallo una que resuene en su corazon.

Lucía. Sí; todas tenemos tecla, y aun teclas; pero la tecla está en dar con la tecla.

D. Antonio. Y en el atril hay un papel de música; una cancion...

Lucía. No hace un cuarto de hora que la cantó, y con una espresion y una... melópia que daba gozo.

D. Antonio. ¿Qué me dices! Todavía estará vagando por esta sala el eco melodioso de su voz celestial.

Lucía. ¡Échele usted un galgo!

D. Antonio. ¡Quién fuera camaleon!

Lucía. Sí; sorba usted á ver si pilla alguna corchea trasconejada.

D. Antonio. ¡Libros...! Veamos... (*Examinando algunos*

que habrá sobre una mesa.) Los desterrados de la Siberia. — El Solitario del monte salvage. — Las noches lúgubres. — Soledades de la vida y desengaños del mundo. — ¡Donosa biblioteca!

Lucia. Deben de ser muy divertidos esos librotes. Con solo haber oido sus títulos voy á tener pesadilla esta noche. — Pero se detiene usted demasiado... (*Mirando por la reja.*) ¡Ah! Ya la veo venir... Váyase usted...

D. Antonio. ¿Por dónde? Me veria salir...

Lucia. Pues escóndase usted detras del porton...

D. Antonio. Bien; doy luego un aldabonazo y tú...

Lucia. Entiendo. Váyase usted pronto.

ESCENA VII.

LUCÍA.

Mucho temo que espante la caza espetándola al primer saludo una declaracion en regla. — Pero como él tenga chirumen, harto será que la desterrada hija de Eva no cante la palinodia. — Ya está aqui.

ESCENA VIII.

MARIANA. LUCÍA.

Lucia. ¿Ya de vuelta, señorita? Breve ha sido el paseo.

Mariana. Me he cansado. Hace hoy un calor insufrible. Quítame esta capota, que estoy sofocada.

Lucia. (*Quitándosela.*) ¡Pues si es tan ligerita...! (*Suena dentro el aldabon.*)

Mariana. Creo que han llamado. Mira quién es.

Lucia. Voy al instante.

ESCENA IX.

MARIANA.

¿Será alguno de Sevilla que vendrá á verme? — No, que todo el mundo me olvida. A nadie aflige mi ausencia, y esto es lo único que me aflige á mí. No deseo yo visitas; pero si ningun cristiano me las hace, ¿quién sabrá que no las quiero recibir?

ESCENA X.

MARIANA. LUCÍA.

Lucia. ¡Señorita, pásmese usted, asómbrese usted, escandalícese usted!

Mariana. ¿Por qué? ¿Quién ha venido?

Lucia. El vecino..., aquel cazurro que no mira, aquel bárbaro que no saluda... pide permiso para ponerse á los pies de usted.

Mariana. ¿Es posible...!

Lucia. ¿Le diré que no recibe usted, que está indispuesta...

Mariana. Sí; dile que me dispense...

Lucia. (*Yéndose.*) (¡Malo!)

Mariana. ¡Escucha!

Lucia. (*Volviendo.*) (¡Bueno!)

Mariana. Ya que una, por desgracia, tiene vecinos, no puede estar mal con ellos.

Lucia. (Ahora la voy á dar cordelejo.) ¿Y qué le importa á usted si aborrece la sociedad?

Mariana. Conviene que él lo sepa...

Lucia. Pues se lo diré...

Mariana. No; de mi boca.

Lucia. ¿Y si está enamorado de usted y viene á declarar su atrevido pensamiento?

Mariana. Si tiene la avilantez de requerirme de amores, saldrá de aqui bien escarmentado.—Dile que entre.

Lucia. Bien está. (*Desde el foro.*) Caballero, pase usted adelante.

ESCENA XI.

MARIANA. DON ANTONIO.

D. Antonio. A los pies de usted, señora.

Mariana. Beso á usted la mano.—Tome usted asiento.

D. Antonio. (*Sentándose.*) Gracias. — Usted estrañará mi visita.

Mariana. No tengo derecho para estrañarla mientras ignore el motivo de ella. Pero, sin duda, á título de vecino, vendrá usted á ofrecerme sus respetos...

D. Antonio. No, señora.

Mariana. Pues ¿qué motivo plausible me proporciona tanto honor?

D. Antonio. En dos palabras: ¿quiere usted venderme este cortijo?

Mariana. No pienso deshacerme de él. (¡Qué embajada!)

D. Antonio. Lo siento mucho, señora. Pensaba establecerme aqui...

Mariana. ¿Por qué no trata usted de comprar el que tiene alquilado?

D. Antonio. Me gusta mas el que usted habita.

Mariana. ¿Sí?—¿Porque yo le habito?

D. Antonio. Al contrario: para que usted no le habite.

Mariana. ¡Singular galantería!

D. Antonio. Yo no me pico de galante, señora.

Mariana. Pues ¿cómo... ¿Le estorbo yo á usted acaso?

D. Antonio. Señora, yo he venido á estos campos huyendo de la sociedad, y sobre todo de la sociedad de las mugeres, y teniéndola á usted tan cerca, veo contrariado mi firme propósito de vivir en un absoluto aislamiento.

Mariana. ¿Es usted... misántropo, segun eso?

D. Antonio. Hasta no mas.

Mariana. Es cosa rara... Yo tambien lo soy...

D. Antonio. Quizá lo sea usted por capricho; yo... por convencimiento.

Mariana. Con todo, usted tiene una patrona...

D. Antonio. Campesina y sexagenaria. A esa edad no hay bello sexo, y semejantes gentes no pertenecen á la sociedad.—Usted... ya es otra cosa: es usted jóven, segun dicen...

Mariana. Pues ¡qué! ¿lo duda usted?

D. Antonio. De ilustre cuna y distinguida educacion...

Mariana. Mil gracias.

D. Antonio. Me han asegurado que es usted bonita...

Mariana. Y, sin duda, no es usted del mismo dictámen.

D. Antonio. No he formado opinion sobre ese particular.

Mariana. Sin embargo, usted me habrá visto...

D. Antonio. La he visto á usted..., pero no la he mirado.

Mariana. (¡El hombre es original!) Ya comprendo; misántropo visoño, teme usted caer en alguna tentacion...

D. Antonio. Perdone usted...

Mariana. Yo tengo mas confianza de mí misma; pues tambien dicen por ahí que es usted buen mozo...

D. Antonio. ¡Ba!

Mariana. Y yo le he mirado con intrepidez...

D. Antonio. ¡Pche...!

Mariana. Y me ha inspirado usted el mismo aborrecimiento que los demas hombres.

D. Antonio. Está usted en su derecho.

Mariana. Y usted no se atreve á mirarme...

D. Antonio. ¿Cómo que no? Tenga usted la bondad de alzar un poco la cabeza... Asi. Míreme usted hito á hito, y á ver quién es el primero que pestañea. (*Se miran y permanecen algunos momentos en silencio.*)

Mariana. Vamos; ¿qué tal le parezco á usted?

D. Antonio. ¡Divina!

Mariana. ¿Eh...?

D. Antonio. (*Reprimiéndose.*) Artísticamente hablando.— Yo soy muy amante de las artes. La música, sobre todo...

Mariana. ¡Ah...! ¿es usted filarmónico?—Yo tambien... ¿Se atreveria usted á cantar un duo conmigo, señor misántropo?

D. Antonio. No gusto de piezas concertantes, porque suponen sociedad y yo la detesto; mas para que vea usted que mi alma está hecha á prueba de duos, vamos allá: cantemos uno..., sin ejemplar.

Mariana. (¡Fátuo...! ¡Cuánto daria por verle á mis pies...!) Enhorabuena. (*Se levantan y van al piano.*) Sea este, si á usted le agrada.

D. Antonio. (*Mirando el papel.*) Le conozco... Bien; sea este.

(*Cantan un duo en italiano.*)

¡Buena voz! ¡Escelente escuela! Lo ha hecho usted á las mil maravillas.

Mariana. Ya ve usted que si me alejo del mundo, no es por falta de medios para brillar en él.

D. Antonio. Asi me lo persuaden mis ojos y mis oidos..., pero nada me dice el corazon.

Mariana. Su corazon de usted no tiene sentido comun.

D. Antonio. Es muy posible.

Mariana. Muchos que blasonaban de invulnerables se han abrasado en estos ojos.

D. Antonio. El mio está asegurado de incendios.

Mariana. Con que ¿es decir que estamos pagados?

D. Antonio. ¡Oh! no, señora. Usted dice que yo la inspiro aborrecimiento; y usted me inspira á mí...

Mariana. Una amistad sencilla..., compasion tal vez...

D. Antonio. La mas respetuosa... indiferencia.

Mariana. ¡Caballero! Eso ya pasa de grosería...

D. Antonio. ¡Señora...! (¡Ah! no sé cómo no me arrojo á sus pies...) Cada misantropía tiene su genio, y pues yo respeto la de usted, justo será que usted tolere la mia.

Mariana. Pero si me mira usted con tanta indiferencia, ¿qué le importa mi vecindad?

D. Antonio. Ya he dicho que yo soy incombustible, pero los que sepan que vivimos el uno tan cerca del otro supondrán que nuestra misantropía es valor entendido...

Mariana. ¡Tiene usted razon!

D. Antonio. Y que los dos hemos formado en secreto una especie de compañía de seguros mútuos... ¿Eh?

Mariana. Pues ¿por qué ha venido usted aqui á turbar mi reposo?

D. Antonio. ¿Hubiera yo venido, á saber que iba á tener tan peligrosa vecina?

Mariana. ¡Ah! ¿Soy peligrosa!

D. Antonio. Lo digo por el qué dirán, que por lo demas...

Mariana. (¡Hum...! Me desespera este hombre.)

D. Antonio. Con que, ya ve usted que es preciso separarnos.

Mariana. Sí, señor; inmediatamente.

D. Antonio. Pues vaya; véndame usted el cortijo y accesorios. Soy rico... (Bueno es que lo sepa) y no repararé en el precio.

Mariana. ¿Y he de enagenar mi finca solo por darle á usted gusto?

D. Antonio. Pues si usted no me complace, la maldeciré.

Mariana. Tanto mejor. Prefiero la maldicion de usted á su...

D. Antonio. ¿A mi indiferencia?

Mariana. Sí, se... ¡No, señor! Aun me hará usted decir algun disparate. —Váyase usted y déjeme en paz.

D. Antonio. Sí, señora; me iré, pero muy lejos; á las Batuecas, á la Tebaida, á los infiernos...

ESCENA XII.

MARIANA. DON ANTONIO. LUCÍA.

Lucia. Caballero...

D. Antonio. ¿Qué hay?

Lucia. Un jóven recien llegado de Sevilla pregunta por usted. — ¿No se llama usted don Antonio Sandoval?

D. Antonio. Ese es mi nombre. — ¿Y qué especie de mueble...

Lucía. Un caballero muy elegante...

D. Antonio. Ya han descubierto mi madriguera. ¡No me dejarán vivir en libertad...! No quiero verle. No quiero ver á nadie. Hágame usted el favor de decirle que no me ha encontrado..., que he muerto.

Mariana. Yo no quiero que mis criados mientan. Si ese hombre sabe que está usted en mi casa, hará comentarios perjudiciales á mi estimacion.

D. Antonio. Pues bien; iré..., pero á echarle con cajas destempladas. — ¡A Dios, señora! ¡Hasta el valle de Josafat!

ESCENA XIII.

MARIANA. LUCÍA.

Mariana. ¡Jesus qué hombre, Jesus! No en vano los abomino yo á todos.

Lucia. ¿Salió lo que yo recelaba? ¿Ha tenido la osadía de requebrar á usted..., de solicitarla...

Mariana. Al contrario; es un esplinático incurable; un hombre sin corazon; un idiota.

Lucia. ¿Sí? Pues doy á usted mi parabien. Van ustedes á simpatizar mucho los dos.

Mariana. ¿Cómo, si él no me quiere ver y yo no le puedo sufrir?

Lucia. Simpatizarán ustedes á fuerza de antipatía.

Mariana. ¡Ni aun asi! Ese monstruo no me juzga siquiera digna de su odio: solo merezco su indiferencia. ¡Él me lo ha dicho!

Lucia. Pues páguele usted en la misma moneda, y Cristo con todos.

Mariana. ¡Qué rabia! ¡Qué bochorno...! ¿Habré perdido ya todo mi prestigio? Me habré puesto fea..., me habré vuelto ordinaria con los aires del campo?

Lucia. No, por cierto; nunca me ha parecido usted tan linda y tan apetitosa.

Mariana. ¡Linda! Pues ese hombre insensible ni para ve-

cina me quiere. ¿Creerás que ha venido á proponerme que le venda este cortijo, solo por tener el estragado gusto de no verme? ¡Apetitosa! Pues ese hombre... inapetente hace ascos de mí. ¿Creerás que nos hemos estado mirando cara á cara por espacio de cinco minutos, y no ha suspirado, ni ha sonreido ni ha mudado de color? ¿Creerás que mis ojos han sucumbido á la audacia... negativa de los suyos?—¿Creerás que hemos cantado un duo, y ¡ni por esas?

Lucia. ¡Alma empedernida!

Mariana. ¡Lo sabrá el mundo y dirán que mi viaje no ha tenido por objeto un retiro espontáneo, sino una jubilacion forzosa!

Lucia. (*Mirando por la reja.*) Allí está con el recien-venido. Hablan los dos, al parecer, con mucho acaloramiento.

Mariana. ¿Qué dices! (*Mira tambien por la reja.*) Sí; alguna reyerta... ¡y grave! La cólera se pinta en sus rostros, en sus ademanes...

Lucia. Ahora se dirigen al bosque...

Mariana. ¡Ah, qué mirada tan siniestra...!

Lucia. Un duelo tal vez...

Mariana. No hay duda. ¡Se van á matar!

Lucia. Mejor. Si él sucumbe, quedará usted vengada de su grosero desden.

Mariana. No, que el triunfo no será mio, sino de su adversario; y yo quiero su humillacion, no su muerte.

Lucia. Pero usted no es responsable...

Mariana. Sin embargo, me juzgarian cómplice... Evitemos, si es posible, una desgracia. Síguelos, Lucía...

Lucia. Pero, señora... (Ya es nuestra.)

Mariana. ¡Corre; no te detengas!

ESCENA XIV.

MARIANA.

¡Ah, Dios mio! Llegará tarde... Ahora conozco que no aborrezco á ese hombre como yo creía. ¿Y por qué ha de ser tanto mi orgullo que acrimine su desamor, yo que hago profesion de no querer á nadie...? ¡Oh! bien merezco esta mortificacion por haber faltado al manda-

miento de la ley de Dios que nos ordena amar al prógimo como á nosotros mismos. (*Asomándose.*) Nada se ve... ¡Funesta soledad! Nada se oye... ¡Horrible silencio! (*Volviendo al proscenio.*) Alguno de mis amantes desdeñados, creyendo que don Antonio es el preferido, habrá venido á desafiarle, y el infeliz..., sin comerlo ni beberlo... (*Suenan dos tiros.*) ¡Ah! ¡Oh...! ¡Esto es hecho! Se ha consumado el atroz combate. — ¿Cuál de los dos habrá sido víctima? ¡Santo Dios! ¿Es esta la tranquilidad; son estos los goces sencillos y apacibles que yo vine á buscar lejos de Sevilla...? ¡Un lance sangriento casi á las puertas de mi casa...! ¡Ah, Lucía!

ESCENA XV.

MARIANA. LUCÍA.

Lucía. ¡Ah, señora! Estoy que me pueden ahogar con un cabello. — ¿Ha oido usted los tiros?

Mariana. ¡Oh! Sí. ¡Maldicion al inventor de la pólvora!

Lucia. Un fraile creo que fue... ¡Ay Dios...!

Mariana. ¿Y qué ha sido... ¿Qué has visto?

Lucia. ¡Ay...! Uno cayó.

Mariana. ¡Vírgen Santa!

Lucia. Otro huye.

Mariana. Pero... ¡yo tiemblo! ¿quién es el muerto? ¿Quién es el fugitivo?

Lucia. No he podido distinguir... El ramage les cubria..., y mi sobresalto...

Mariana. No hay duda; el pobre don Antonio... Sí; él... ¡Ya es cadáver! El corazon me lo dice...

Lucia. ¡Señora...! Se va á desmayar... (*Acude á sostenerla.*)

Mariana. Y me dice que... á mi pesar... yo le amaba... ¡Ah...! (*Se desmaya en los brazos de Lucia.*)

Lucia. ¿No lo dije? ¡Pobrecita! ¡Miren si el amigo le entró por el ojo derecho... Pero no creí que tan pronto... (*Mirando hácia el foro.*) ¡Ah...! Corra usted...

ESCENA XVI.

MARIANA. LUCÍA. DON ANTONIO.

D. Antonio. (*Llega corriendo y sin sombrero por la parte del jardin.*) ¿Qué veo! ¡Desmayada!

Lucia. ¡Y de veras!—Prepáreme usted las albricias.

D. Antonio. ¿Cómo...!

Lucía. Le ama á usted.

D. Antonio. ¿Será cierto...? ¡Oh ventura!

Lucía. Ya; pero si con el susto se nos muere... Iré á bus- alguna esencia... Mientras tanto, ahi le endoso á usted la dulce carga...

D. Antonio. ¡Oh! dame... ¡Vuela! (*Lucia pone á Mariana en brazos de don Antonio y vase corriendo por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XVII.

MARIANA. DON ANTONIO.

D. Antonio. La tengo en mis brazos... ¡Oh inefable delicia!—Pero en esta situacion... ¡Señora...! ¡Bien mio...! Me parece que respira..., y no sé si me alegre ó lo sienta..., porque ¡ay...! esto es estar en el cielo... ¡Aaaiii... si me atreviera...

Mariana. ¿Dónde estoy... ¿Quién... ¿Qué es esto...? (*Separándose.*) ¡Usted...! ¡Ah, vive usted!

D. Antonio. Señora, tengo que pedir á usted dos perdones; primero, por haber quebrantado mi juramento de no volver á esta casa; segundo, por haberla á usted tenido en mis indignos brazos.

Mariana. Caballero, hay circunstancias que escusan...

ESCENA XVIII.

MARIANA. LUCÍA. DON ANTONIO.

Lucia. (*Con un pomito en la mano.*) No encontraba... ¡Ah! Gracias á Dios que ya no es necesario... ¿Cómo se siente usted, señorita?

Mariana. Bien; ya se me ha pasado...

Lucia. ¿Quiere usted agua...

Mariana. Es inútil...

Lucia. (Y mi presencia tambien.) Pues con permiso de usted... (remacharemos el clavo.) (*Deja el pomito sobre la mesa y vase por la derecha del foro.*)

ESCENA XIX.

MARIANA. DON ANTONIO.

D. Antonio. Necesito, pues, sincerar mi conducta.

Mariana. No se moleste usted. Yo no soy su juez... (¡No está herido!)

D. Antonio. Si miro con aversion las miserias de una sociedad perniciosa y corrompida, no por eso he renunciado todavía á los deberes de caballero. Mientras el botarate que ha venido á visitarme, con el vano intento de restituirme al bullicio mundano, se ha limitado á censurar mi determinacion, he podido oir sin enojo sus necias bufonadas; pero cuando se ha propasado á ridiculizar á usted...

Mariana. ¡A mí!

D. Antonio. Sí, señora; ha calificado con el odioso nombre de hipocresía esa santa abnegacion de que usted se envanece, y ha llevado la temeridad de su juicio hasta el estremo de atribuirnos relaciones amorosas...

Mariana. ¡Qué osadía!—Pero no lo estraño. A veces engañan las apariencias...

D. Antonio. ¡Relaciones entre nosotros, cuando quisiéramos hallarnos tan distantes como los polos del mundo; cuando usted me aborrece de muerte...

Mariana. Ya... no tanto. El interes que acaba usted de tomarse por mí...

D. Antonio. Interes... sin interes. No vaya usted á creer ahora que vengo á pedir recompensa...

Mariana. Y aunque asi fuera..., yo no me admiraría...

D. Antonio. A semejante calumnia no habia mas que una respuesta. Allí queda bañado en su sangre el infame detractor.

Mariana. ¡Dios piadoso! ¡Una muerte...

D. Antonio. Consumado el crimen, no han podido mis ojos soportar tan cruento espectáculo, y huyendo desatentado, como otro Cain, veo una verja abierta, corro sin saber por dónde...

Mariana. No seré yo tan inhumana que niegue á usted un asilo...

D. Antonio. En cuanto á habérsele yo dado á usted entre mis brazos, ya ve usted que yo no podia prever ni evi-

tar... Pero no me remuerde la conciencia de la mas leve profanacion. ¡Oh! ni me ha pasado por la idea...

Mariana. Gracias... (¡Válgate Dios..., ni siquiera de pensamiento...)

D. Antonio. Ahora, si usted me da su permiso...

Mariana. ¿Adónde va usted, desgraciado? ¿No ve usted que se espone...

D. Antonio. ¿Y por no arriesgar mi inútil vida seré tan villano que comprometa á usted...

Mariana. ¡Harto comprometida estoy ya!

D. Antonio. ¡A usted, que me detesta...

Mariana. No, señor... Digo... ¡Jesus! (*Entra Lucia con dos cartas en la mano.*)

ESCENA XX.

MARIANA. LUCÍA. DON ANTONIO.

Lucia. Tranquilícense ustedes. Traigo buenas noticias.

Mariana. ¿Cuáles ..

D. Antonio. ¿Cómo...

Lucia. Su enemigo de usted no ha muerto; la herida es leve, y en el mismo coche que le condujo se vuelve á Sevilla mohino y escarmentado.

Mariana. ¡Ah! gracias al cielo... Pero esos papeles...

Lucia. Son cartas para usted. Me las acaba de entregar un pasagero.

Mariana. Dámelas. (*Las toma.*)

D. Antonio. Ahora ya es ociosa mi presencia... A Dios, señora.

Mariana. (¡Tan pronto!) Vaya usted con Dios. (No me atrevo...)

Lucia. ¡Eh! ¿Y el sombrero? ¿Adónde va usted de ese modo?

D. Antonio. ¡Ah! Sí; en el bosque... No importa...

Lucia. Yo iré á buscarlo. Espere usted un poco, que aqui no nos comemos á las gentes.

Mariana. No es decoroso para mí ni para usted que le vean salir asi de mi casa. Anda, Lucía.

ESCENA XXI.

MARIANA. DON ANTONIO.

D. Antonio. Bien está, señora: esperaré.

Mariana. Y yo, si usted me lo permite, leeré estas cartas.

D. Antonio. Es usted muy dueña... (*Mariana abre y lee para sí las dos cartas. Entre tanto, pasea don Antonio y observa.*) (¡Animo! Esto va bien.)

Mariana. (¡Cielos...!)

D. Antonio. (Quiera Dios que en el momento crítico no me abandone mi serenidad.)

Mariana. (¿Es posible...!)

D. Antonio. (Parece que hace efecto la píldora.)

Mariana. (*Estrujando la carta que acaba de leer.*) ¿Se ha visto maldad semejante...? Veamos la otra...

D. Antonio. (¡Cuánto sufre...! Casi estoy ya arrepentido...)

Mariana. Por el mismo estilo... ¡Oh iniquidad...!

D. Antonio. (¡Otra banderilla!)

Mariana. ¡Infames! ¡Infames!

D. Antonio. ¿Qué es eso, señora? ¿Se pone usted mala otra vez?

Mariana. Estoy furiosa; estoy desesperada. (*Rompiendo las cartas.*) ¡Canalla ruin! ¡Verdugos...!

D. Antonio. ¡Rompe usted las cartas!

Mariana. ¡Oh quién pudiera despedazar del mismo modo á sus autores!

D. Antonio. Pero ¿quién las firma...

Mariana. Son anónimas. — Se burlan indignamente de mí. Hacen las mismas suposiciones que el deslenguado á quien acaba usted de castigar. ¡Yo gazmoña y embustera, Santo Dios! ¡Yo amores clandestinos!

D. Antonio. ¿Eso dicen? ¡Qué arbitrariedad!

Mariana. Y ya van tres... ¡Y la calumnia cundirá por toda la ciudad...!

D. Antonio. ¡Qué felonía! Es usted digna de compasion.

Mariana. ¿Si...? Pues usted tambien, porque el amante que me achacan... es usted.

D. Antonio. ¿Yo! ¡Qué absurdo!

Mariana. ¿Absurdo? ¡Vaya, que es mucha... ¿De parte de quién estaria el absurdo?

D. Antonio. De la de usted sin duda. ¿ Cómo habria usted de poner sus ojos en un hombre tan execrable...

Mariana. ¡ Oh... ! Es que lo va usted siendo de veras.

Lucia. (Dentro gritando.) No hay tal cosa. Miente quien lo diga.

Mariana. ¿ Qué es esto ? ¿ Con quién riñe esa loca ?

Lucia. Eso es una atrocidad.

Mariana. ¡ Lucía !

Lucia. ¡ Atrevidos ! ¡ Insolentes !

ESCENA XXII.

MARIANA. DON ANTONIO. LUCÍA.

Mariana. ¿ Por qué gritas, muchacha ? ¿Qué ha sucedido?

Lucía. (Dando á don Antonio el sombrero.) ¡ Ahi es un grano de anís ! Volvian los arrendadores á despedirse de usted ; esa reja estaba abierta ; yacia usted desmayada en brazos de este caballero; acierta á mirar uno de los labriegos: atisba el interesante grupo; le supone formado por el amor ; comunica á los demas sus maliciosas observaciones; hacen corrillo; uno se santigua, otro suelta una pulla, otro una risotada, y deciden por unanimidad que el señor bebe los vientos por usted y que usted se muere por sus pedazos.

Mariana. ¡ Todos se conjuran contra mí ! ¿ Hay muger mas desventurada ?

Don Antonio. ¡Qué perversidad ! ¡Qué escándalo!

Lucia. Uno de ellos ha tenido la desvergüenza de decirme sobre el particular cuatro chafalditas, se me ha irritado la bilis, y los he puesto á todos de ropa de pascua.

Mariana. ¡Soy el ludibrio de todo el mundo! ¡ Fatalidad...! Esto me va á costar la vida.

D. Antonio. (¿Confesaré que todo ha sido farsa...? No; hasta que estemos casados...) ¿Morirse por eso ? No; mejor es imponer silencio á todos ; ciudadanos y campesinos; y yo lo tomo á mi cargo. ¡Palo en estos, pistoletazo en aquellos...!

Mariana. Pero el remedio es peor que la enfermedad. (¡ Y no le ocurrirá el único posible...; el que anhela mi corazon... !) ¿ Qué puede hacer un hombre solo contra tantos enemigos ?

D. Antonio. Poca cosa; pero al menos tendré el gusto de morir matando.

Mariana. ¿Y yo, ¡infeliz de mí! y yo?

D. Antonio. No queda pues otro arbitrio que el de una separacion eterna.

Mariana. ¡Lindo espediente! ¿Dejará por eso de quedar mi opinion en lenguas...

D. Antonio. ¡Y la mia...!, que yo tambien tengo que perder.

Lucia. (¡Angelito!)

D. Antonio. Ademas..., lo digo con rubor, pero confieso que ya no me es dado mirar á usted con indiferencia.

Mariana. (¡Ah! Esto ya es algo.)

D. Antonio. La veo á usted padecer por mi causa; yo padezco por la de usted..., y la desgracia nos une si la filosofia nos separa.

Lucia. Está visto que hasta la misantropía necesita cómplices y la soledad... compañía. Será, pues, necesario que formen ustedes los dos una alianza ofensiva y defensiva.

D. Antonio. Sí; pero ¿de qué modo?

Mariana. (¡Aun lo pregunta!)

Lucia. Cásense ustedes y estamos del otro lado.

Mariana. Don Antonio ha puesto en peligro su vida por defender mi honra; y la gratitud...

D. Antonio. Esta señora ha puesto en contingencia su honra por amparar mi vida; y la gratitud...

Mariana. Pero renunciar á mi independencia...

D. Antonio. Pero privarme de la delicia de vivir en soledad...

Lucia. Hagan ustedes una masa comun con las dos soledades y las dos independencias, y siendo idéntico el capital, no se deberán ustedes nada él uno al otro.

D. Antonio. Efectivamente, siendo dos solitarios distintos, formariamos una sola soledad verdadera.

Mariana. Pero á mí me quedará el escozor de haber contraido segundas nupcias, no por obra del amor, sino por la fuerza de las circunstancias.

D. Antonio. Supuesto que hemos hallado medio de conciliar el amor con la misantropía, no negaré que al verla á usted en mis brazos senti cierto deleite...

Mariana. Yo debo confesar tambien que al recobrar

mi razon no me pesó de verme en ellos.

Lucia. Sacamos en limpio que ambos aborrecen ustedes al mundo, pero que mutuamente... ¿eh? se quieren como unos tontos, y que esta mano... (*Toma la de don Antonio.*) y esta otra... (*Toma la de Mariana.*) tienen comezon de verse juntas. (*Las une.*)

D. Antonio. ¡Ay Mariana!

Mariana. ¡Ay Antonio!

D. Antonio. ¡Ay solitaria de mi vida!

Mariana. ¡Ay misántropo de mi corazon!

(*Cantan.*)

Lucia. Si aun la corneja
y el triste buho
con su pareja
viven á *duo*,
necio es el hombre
á quien asombre
la sociedad
de la muger, que es su mitad.
Asi juntitos
los pobrecitos...
Asi se aguanta,
asi no espanta
la soledad,
que es la mayor felicidad.

Don Antonio. Mi alma se alegra
cuando á la mia
unes tu negra
melancolía.
¡Odio profundo,
odio á ese mundo
de iniquidad!
Huyamos ¡ay! de la ciudad.
Sí, vida mia,
que en compañía
de fiel esposa
es deliciosa
la soledad;
es la mayor felicidad.

Mariana. ¡Oh qué placeres

en dulce calma
gozan dos seres
con sola un alma!
Y asi cumplimos
lo que ofrecimos,
que en realidad
somos los dos una entidad.
Y entre los lazos
de nuestros brazos
con mil estremos
bendeciremos
la soledad,
que no hay mayor felicidad.

D. Antonio. Y yo contigo...
Mariana. Y tú conmigo...
Lucia. Y usted con ella...
A tres. ¡Sera tan bella
la soledad!...
No, no hay mayor felicidad.

D. Antonio. ¿Y dónde celebraremos la boda?

Mariana. ¿Quién pregunta eso? Aqui; en esta soledad, de hoy más llena de encantos para mí.

Lucia. No lo apruebo. Es preciso que Sevilla la vea á usted casada, y que los viles calumniadores se convenzan de que es marido el que juzgaban cortejo.

Mariana. Tiene razon.

D. Antonio. Dice bien.

Lucia. Y esos palurdos..., es menester que caigan pronto de su asno. Voy á decirles la verdad....

D. Antonio. Sí; y que vengan á cantarnos el parabien en vez de levantarnos un caramillo.

ESCENA XXIII.

MARIANA. DON ANTONIO.

D. Antonio. Sí, hermosa mia; desafiemos por última vez á esa sociedad raquítica y depravada, y volvamos luego á maldecirla en este plácido retiro.

Mariana. Es inútil. El amor me ha curado de mis melancolías, y tú me has reconciliado con los hombres.

ESCENA ULTIMA.

MARIANA. DON ANTONIO. LUCÍA. EL CORO.

Coro. ¡Qué garbo de señorito!
¡Qué viuda tan macarena!
Cayeron en el garlito...
¡Qué sea muy norabuena!
¡Gracias á Dios
que ambos á dos saldreis de pena
cuando os caseis ambos á dos,
vos con la viuda y ella con vos!
¡Gracias á Dios!

Lucia. (*Al público.*)
Ahora..., si os gusta la pieza
de que habeis sido testigos,
decid á vuestros amigos
que sacudan la pereza...

Mariana. Y cesará la tristeza
que me trajo á estos barrancos...

D. Antonio. Porque, si hemos de ser francos,
yo y mi querida mitad
amamos la soledad...;
pero no la de esos bancos.



